

LA FRONTERA EN DOS DICCIONARIOS ENCICLOPÉDICOS

ANTONIO LINAGE CONDE

Real Academia de San Quirce, Segovia

El argumento de estos párrafos puede a simple vista parecer de poca sustancia, una mera curiosidad, y aun sin olvidar que la curiosidad es la madre de la sapiencia incluso sospechosa de frivolidad esta escala en el mariposeo intelectual. Pero es posible también descubrirle otra cara, interrogarle en torno a la sospecha de celar tan significativos como profundos atisbos adentrados en la inquisición de las mentalidades.

De entrada digamos que nos vamos a limitar a los diccionarios. De las enciclopedias nada diremos a no ser forzados por nuestro desarrollo. Estando convencidos de que aunque el contenido de una enciclopedia coincidiera integralmente con el de un diccionario su impacto en el lector sería bastante diverso¹.

La Real Academia Española nos da tres acepciones de la palabra “enciclopedia” muy emparentadas entre sí, una del contenido y otra de su divulgación, a saber la primera “conjunto de todas las ciencias”, las otras “obra en que se trata de muchas ciencias; y conjunto de tratados pertenecientes a diversas ciencias y artes”. Del vocablo “diccionario” dos, una de palabras y otra de saberes “libro en que por orden alfabético se contienen y explican todas las dicciones de uno o más idiomas o las de una ciencia, facultad o materia determinada” y “catálogo numeroso de noticias importantes de un mismo género, ordenado alfabéticamente” o sea los vocablos y la materia didáctica. El inolvidable académico Valentín García Yebra decía, y me parece recordar que por herencia de su maestro Dámaso Alonso, que en los diccionarios estaba sencillamente todo.

¹ Sobre las enciclopedias y sus diccionarios es magnífica la entrada de R.I.C. en la “Enciclopedia Británica” (1978) 6,779-799, que cita a James M. Wells, *The Circle of Knowledge: Encyclopaedies Past and Present* (1968) y S. H. Steinberg, “Encyclopaedias”, *Signature*, New Series. núm. 12, 3-22 (1951).

El músico Amadeo Vives, al ser preguntado en una encuesta sobre la que volveremos luego por la opinión que le merecía uno de los dos diccionarios de que nos vamos a ocupar recordó o quiso haber recordado que de niño preguntaba a sus padres dónde vivía el sabio Merlín, para preguntarle cosas todo el día, y llevarle siempre con él atado con una cuerda al cuello, como si fuera su perrito y le tuviera que responder a todas sus preguntas a la fuerza, y le gustaría ser el príncipe Florisel para buscarle. Andando los años, Merlín se le presentó en forma de diccionario enciclopédico. En forma de enciclopedia no habría encajado de manera tan pintiparada. Sigamos por este camino.

LA GENEALOGÍA DEL SABERLO TODO

El afán de la exhaustividad en el conocimiento no ha sido patrimonio de determinadas épocas. Podría hablarse del fenómeno como de una constante psicológica en la especie, la llamada precisamente *homo sapiens*, lo que no quiere decir de todos sus individuos. Mas no vamos a intentar adentrarnos por esos vericuetos ajenos a nuestras modestas posibilidades. No vamos a ir más allá de una ojeada a la Edad Media y su sucesor cronológico el Renacimiento.

Santo Tomás de Aquino escribió la *Summa Theologica*². Pero el hombre medieval estaba inmerso en una visión sobrenatural del mundo y esta coordinada le acompañaba constantemente, en cualquier aplicación de sus facultades e intencionalidades³. No concebía los compartimentos estancos y entre sí autónomos ya que no independientes⁴.

Esa mentalidad cambia al advenir el Renacimiento. Sin dejar de profesar la ortodoxia confesional, el hombre renacentista desciende a ras de tierra para ocuparse de sí mismo y de todas sus ciencias. El acatamiento a la teología no era incompatible con el tratamiento de todas éstas, salvo conflictividades concretas.

Así las cosas, en el siglo XVII podemos advertir el surgimiento de empresas intelectuales de una índole que ya podríamos llamar enciclopédica⁵. Precisamente una de

² Es significativo que la palabra inicial de este título específico se convirtió en genérica. Yo oí en un curso universitario en París al hombre de estado Robert Schumann calificar de otra *summa* de nuestro tiempo, el conjunto de discursos del papa Pío XII a las distintas profesiones y grupos humanos.

³ Volviendo a Santo Tomás, se nos viene a las mientes el poema al ciprés de su monasterio de Silos de fray Justo Pérez de Urbel, en el que leemos *silencioso ciprés que en la noche infinita deletreas la Summa con luceros escrita*. ¿No era una expresión de la limitación medieval, excelsa eso sí, tener las fuentes escritas con luceros?

⁴ Una tradición dice que el Aquinatense fue favorecido con una aparición sobrenatural en la cual se le manifestó por la Divinidad su complacencia en su obra intelectual, *bene scripsisti de me Thoma*. Ahora bien, *bene* pero no *omnia*.

⁵ Reforzada esa tendencia a la integralidad del saber. Por ejemplo, recuerdo de un libro contemporáneo que tenía por argumento los santos Cosme y Damián, el anhelo de llegar a “un estudio completo de los dos hermanos”. Anhelo muy compartido, natural casi.

las primeras fue de materia eclesiástica, las *Acta Sanctorum*, cuya redacción comenzó en 1643 el jesuita Jean Bolland y llegaría a las puertas de la actualidad en la comunidad de su orden religiosa en Bruselas, transmitido a lo largo de las generaciones su propósito con dedicación exclusiva de la comunidad misma, la revisión de la hagiografía recibida con el propósito de restablecer la verdad histórica depurada de las leyendas tan abundosas en su género. Veinte años después salía de los tórculos la primera obra monumental del príncipe de la erudición benedictina, dom Jean Mabillon, la historia de los monasterios de su familia religiosa, los *Annales Ordinis Sancti Benedicti*, a la que siguió su hagiografía, las *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*. Y así sucesivamente podríamos decir.

Un capítulo aparte merece la *Enciclopedia o diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios*, de D'Alambert y Diderot, desde 1753. Tanto impacto tuvo que en ciertos pero amplios contextos basta emplear el primer vocablo para referirse concretamente a ella. Su singularidad estriba en tener una motivación netamente ideológica. Pretendió ser y hasta cierto punto lo consiguió una réplica de los nuevos tiempos y mentalidades a los antiguos, la secularización del saber y correlativamente de la sociedad. Por eso nos queda un tanto al margen de nuestra materia aquí.

Un ejemplo pintiparado de las realizaciones dieciochescas en esta orden de cosas es el *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* del jesuita Lorenzo Hervás y Panduro, de los exiliados en Italia ante la expulsión. Sorprendente la historia del acopio de sus materiales.

No vamos a caer en la tentación de divagar, pues a fe que no faltan en la bibliografía de los diccionarios que a la vez son de palabras y de materias. Pensemos en la empresa insoluble de seleccionar estas últimas en los de pequeñas dimensiones. Uno de ellos era de los libros que mi padre reunió en los tres años de la guerra, que nos sorprendió fuera de nuestro domicilio. Era el del helenista José Alemany y Bolufer. Aunque la máxima tentación sería la biografía del autor. Por lo demás de mis recuerdos como diccionario no me ha quedado el de ser demasiado caprichoso. Sólo le he visto citado dos veces. Uno en una conferencia en la Academia Matritense del Notariado. Sin nada de particular en su elección, a la búsqueda de una acepción. La otra por una personalidad de las letras, Francisco García Jurado, en la Fundación Pastor de estudios clásicos. No recuerdo el motivo. Pero al fin de su intervención yo abordé al autor para hablarle de ese muy abultado volumen que tantos viejos recuerdos me traía. Y me deparó el conocimiento y la amistad del conferenciante. *Habent sua fata libelli*. Mas debo apuntar que todo diccionario parece surgir con la voluntad de ser enciclopédico. Y cuando tiene bastante espacio para ello... Basten los puntos suspensivos.

Debo hacer una excepción con uno bastante voluminoso titulado *Diccionario del Notariado*, sin la posibilidad de no recordarlo. El autor era un prestigioso notario de Madrid en la segunda mitad del siglo XIX, animador infatigable de la prensa profesional, fundador y director de la *Gaceta de los Notarios*, abundante en noticias que para

los interesados en la cuestión siguen siendo de interés. Otra cosa es el diccionario de marras. Con poquísimos artículos del contenido que le da título. Todo el resto es un cajón de sastre en el que figuran desde aldeas hasta políticos de ámbito provincial. O sea el conjunto una mancha de tinta demasiado extensa para poderse disimular. A su vista, uno no puede por menos de sospechar alguna anomalía de naturaleza psiquiátrica en el autor. En cambio los muchos volúmenes de su protocolo son impecables jurídica y gramaticalmente. Salvo su testamento, otorgado por él y ante él, durante la epidemia del cólera de mediados de siglo. Su redacción es totalmente impropia de ese patrón documental. Haciéndonos ahondar en esas sospechas diagnósticas.

LA CONTEMPORANEIDAD FECUNDA

En 1768 empezó su andadura la *Enciclopedia Británica, a dictionary of arts, sciences, literature and general information*. La idea surgió en Edimburgo, del librero e impresor Colin Macfarquhar y el grabador Andrew Bell que contrataron para ello al joven académico William Smelle. Hacía dos años se había terminado la edición de la citada Enciclopedia de D’Alambert y Diderot, y en la nueva empresa del otro lado del Canal de la Mancha se vio una reacción conservadora a su inspiración revolucionaria.

En Alemania, el año 1796 Renatus Gotthelft Löbel y Christian-Wilhelm Franke iniciaron en Leipzig la publicación del que llamaron *Konversations-Lexicon vorzüglich-cher Rücksicht auf die gegenwartigen Zeiten*. Su propiedad intelectual fue adquirida en 1808 por Friedrich Arnold Brockhaus, que comenzó a publicar en la misma ciudad otra enciclopedia, la *Löbel Brockhaus o Allgemeine deutsche Real-Encyclopädie für die gebildeten Stände*⁶, continuada allí mismo por el “Biographische Institut” y la dirección de Joseph Meyers, de 1840 a 1852, y luego en Friburgo por Herder, de 1853 hasta 1857.

En esta fiebre enciclopedista, Francia no estuvo a la altura de los otros grandes países ni de su propia tradición literaria, a pesar de los méritos de la obra de Pierre Larousse (1817-1875), el *Grand Dictionnaire Universel du XIX siècle français, historique, géographique, mythologique, littéraire, artistique, scientifique*, aparecido de 1864 a 1876. Se le acusó de falta de metodología y espíritu crítico y de falta de proporción en sus entradas.

En la otra orilla, la *New International Encyclopedie*, ya en el siglo siguiente, 1907, fue obra de Frank Moore Colby y Talcon Williams, editada por Odd, Mead and Company.

Italia fue mucho más tardía. La *Enciclopedia Italiana* apareció de 1929 a 1937. Se llama también Treccani por su mecenas, el empresario textil Ferdinando Treccani,

⁶ Después *Die grosse Brockhaus* o a la *Brockhaus Encyclopädie*.

instado por Ferdinando Martini y Bonaldo Stringher. El director científico fue el filósofo Giovanni Gentile.

Tanto la Enciclopedia británica como las alemanas se reeditaron continuamente o sea que al tratar de ellas hay que cambiar el tiempo pretérito por el actual.

A este propósito se nos viene a las mientes la obra de Karl von Linneo, la clasificación integra de las especies, de todos los seres vivos, la llevada a cabo entre 1735 y 1753, en sus obras magnas *Systema naturae*, *Genera plantarum* y *Species plantarum*. De entonces acá se han descubierto muchos más que los de su elenco. Cada nuevo hallazgo está sujeto a unas exigencias para su reconocimiento internacional, una de ellas no sé si vigente, por lo menos sí hasta hace poco, una breve descripción en latín. Ese reconocimiento lleva consigo su ingreso en un índice oficial que es el acuñado por el mismo Linneo. Y bien, la singularidad nos parece que consiste en la sensación implicada de ser cada caso material para una nueva edición de la obra del sabio de Upsala, es decir venir a ocupar su lugar reservado en el sistema del mundo.

En España, hasta la aparición a fines de este siglo y primer tercio del siguiente de los dos diccionarios que van a ocuparnos, podemos citar tres obras dignas. Una apareció de 1842 a 1845 a nombre de una Sociedad de Literatos Españoles, en realidad empresa de un barcelonés, Félix Boix y Merino, la *Enciclopedia española del siglo XIX. Biblioteca completa de ciencias, literatura, artes oficios*.

A nombre individual de sus autores surgieron otras tres. Una se continúa editando y citando todavía, el *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de España y sus provincias de Ultramar*, de 1848 a 1850, de Pascual Madoz, el ministro desamortizador. Las otras dos de Francisco de Paula Mellado, el *Diccionario universal de historia y geografía* de 1846 a 1850, y el *Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio* de 1851 a 1855, entre cuyos colaboradores estuvieron Mesonero Romanos, Hartzembusch, Bretón de los Herreros, Modesto Lafuente y Pedro de Madrazo.

¿UN PRECURSOR DEL *ESPASA*? ¿UN CONTINUADOR DEL *DICCIONARIO HISPANO AMERICANO*?

El “Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de la Literatura, Ciencias y Artes” fue publicado por la editorial Montaner y Simón de 1887 a 1910, en 25 tomos incluidos dos apéndices. La editorial había sido fundada en 1861 por Ramón Montaner Vila y Francisco Simón y Font, y el arquitecto modernista Luis Domenech y Montaner la construyó la sede.

La “Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana”, el Espasa como la llamábamos nosotros, la Espasa que prefieren decir ahora, comenzó a salir por fascículos

en 1905, y dos años después hasta 1933 sus setenta volúmenes y un apéndice de diez⁷. Desde 1934 aparecieron periódicamente suplementos de uno o más años, pero sin orden alfabético salvo en las biografías, por lo cual no se pueden considerar sustancialmente pertenecientes a la misma obra. Acaso ésta no se llamó diccionario por diferenciarse del anterior, pero lo era.

El Diccionario tenía pocas láminas fuera del texto y escasísimas fotografías, sólo grabados, ya lo daba a entender la continuación de su título, “edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados, intercalados en el texto y tirada aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral, los instrumentos aplicados recientemente a las ciencias, agricultura, artes e industria [...]”. El Espasa era una inundación de fotografías en el texto y sobrea-bundancia en las láminas en color fuera de él. Ni en la una ni en la otra obra firman los autores.

Una singularidad del Diccionario era la intercalación de citas de autores clásicos, en prosa o verso, que habían empleado la voz correspondiente. Tal ésta de Juan de Mena: “dice que, por el seso que recelaba fablar en tan altas cosas estando desnudo de sabiduría, e por esto imploraba subsidio”. O la de Ruiz de Alarcón: “Cuanto mejor es sentado/ buscar los pies a una sota/ que moler piernas y brazos”. Y Moreto: “De la sota. -Al caballo- voy con ella; ya está a la vista, y la mía encima della-. Uno, dos, tres, y encaje, cinco, siete”.

La editorial Espasa fue fundada por los hermanos Pablo y José Espasa Anguera. Eran de un pueblo ilerdense muy pequeño, Pobla de Ciérvoles, y José (1839-1911) se fue a Barcelona sin saber leer ni escribir. Sus primeros tiempos fueron de leyenda, una stampa la suya a la puerta de la plaza de toros para vender cigarros y mecheros, al enterarse de que ahí había una oportunidad. Hasta ser el recadero de su hermano que empezó vendiendo novelas por entregas entre otros materiales parejos, convencidos los dos, incluso el analfabeto José, de que con los libros se podía ganar dinero.

En Robador 28, nació el año 1860 “Espasa Hermanos”, con una sola prensa vieja, lo que les forzaba a recurrir a otros impresores para sus primeras ediciones. Espasa y Compañía nació veinte años más tarde, con José en unión de Manuel Salvat Xixivell, luego emancipado por la puerta grande, y el dibujante Magrín Pujades Durán. En 1912 consta en el protocolo del notario Dalmau Fiter, el cambio del título, esa vez no deseado, en adelante “Hijos de J. Espasa”, y desde 1920 “Espasa Calpe”, por la fusión con la editorial Calpe (=Compañía anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones) de Nicolás-María Urgoiti, el hombre de la “Papelera Española”.

⁷ Ignoramos el motivo de la elección en el título de “europeo” en lugar de “hispano”. No tiene justificación ninguna, pues precisamente se caracteriza por una universalidad plena, sin desatención al resto del mundo. ¿Un distanciamiento del Diccionario precursor? ¿Algo meramente comercial?

Su obra magna, la conocida por Enciclopedia Espasa, tuvo una difusión mucho mayor que el Diccionario⁸. Yo pude consultar aquél incluso en la Biblioteca Nacional de Finlandia. Y he podido consultar éste sólo en la espléndida y muy selecta biblioteca de mi añorado vecino el académico arabista Fernando de la Granja, facilitado ello por Ana, su gentil viuda.

En 1920 se publicó un opúsculo titulado *Lo que dicen* conteniendo las respuestas de intelectuales y otras personalidades a una encuesta sobre la obra. Arriba hemos reproducido una de ellas. Eduardo Marquina dijo que “si no el mundo mismo, era por lo menos un índice de todos los caminos del mundo”. Azorín escribió: Un “Diccionario que he visto en un casino de pueblo, con ventanas que daban a un jardín; que he consultado una vez deprisa, apresuradamente, mientras el regente de la imprenta esperaba mis cuartillas; un diccionario que vería muchas veces aún en los despachos de los amigos, luciendo las letras de oro en el fondo negro de la encuadernación. Todos los recuerdos de muchacho, de escritor incipiente, están en los lomos severos, austeros, de esos volúmenes”. La feminista María Valero de Mazas: “Casi nadie se confiesa adorador rendido de un enciclopédico. Esto demuestra precisamente que el enciclopédico es nuestro gran amigo”.

El Diccionario de Montaner era de formato más grande, en folio. Entre las distintas entradas la separación consistía en un pequeño espacio y en mayúsculas los títulos. En el Espasa, aunque seguidos los espacios, estaba más diferenciada.

Los colaboradores del Diccionario eran unos treinta, algunos de la máxima altura y de tendencias diversas. Así Menéndez y Pelayo, Azcárate, Giner de los Ríos y Pí y Margall, Echegaray (para el magnetismo y la electricidad), Valera (para la estética), Pedro de Madrazo, José de Letamendi (principios de medicina; para las ciencias médicas Manuel Carreras y Sanchís, para la veterinaria Rafael Espejo y del Rosal), Mélida (además de la arqueología, las mitologías, la heráldica y panoplia, y la indumentaria), Lázaro e Ibiza el botánico de la Facultad de Farmacia, Luis de Hoyos, Francisco Fernández y González (cultura oriental) y Juliá Suarez Inclán el arte y la justicia militares. En otras materias no era rigurosa la especialización; así José-María Sbarbi tenía a su cargo la lexicografía, la gramática y la música, Manuel González Martí la ingeniería y geodesia y las artes y oficios, y Severiano Doporto la historia de América, la biografía española y la contemporánea de españoles y extranjeros.

El Espasa contó con muchos más colaboradores lo cual, y su mayor extensión, aumentó también sus errores y sobre todo la desigualdad entre unas y otras entradas. El

⁸ La ha historiado un profesor de la Universidad de Rennes, Philippe Castellanos, en su libro *La Enciclopedia Espasa. Una aventura editorial* (Madrid, Espasa Calpe; 2000), libro valioso pero no una “biografía” completa, acaso demasiado estadístico. Claro que una historia integral tendría que ser algo así como otro Espasa aunque infinitesimal.

Diccionario da la impresión de una mayor gravedad estudiosa; el Espasa nos aparece más propicio a satisfacer la curiosidad del gran público, hasta en los juegos y la cocina por ejemplo.

Hojeando cualquier tomo de este y el otro diccionario, a las pocas líneas de cualquier entrada, salvo las de historia, arte, geografía física y acaso alguna más, se da uno cuenta del cambio radical de la vida desde aquellas a estas fechas. Por eso ha sido una feliz idea reunir en un volumen algunas, *Pregúntale al Espasa*⁹. Aunque se me viene a la memoria la reprimenda escandalizada de un profesor de la Universidad de Valencia en los años sesenta del pasado siglo a un alumno que como primera consulta para orientarse en un trabajo de clase recurrió al Espasa. De haber estado justificada esa censura habría de ser acompañada de otra correlativa al profesor¹⁰.

LA “FRONTERA” EN MONTANER Y SIMÓN

Vaya por delante que no vamos a ocuparnos de las acepciones de la palabra “frontera” ajenas a nuestro argumento¹¹. La de éste, desde luego la principal, en el “Diccionario Hispano Americano”, dice que frontera es “el extremo o confín de un estado o reino”.

De entrada, no podemos por menos de sorprendernos ante la limitación que acusa. Sólo conoce las fronteras políticas inter-soberanas¹². Sin embargo, saltan a la vista los otros límites de la historia y el presente, entre las lenguas, las religiones o las etnias pongamos por caso¹³.

Los clásicos que la avalan¹⁴ son Lope y Moreto¹⁵. Del primero, “murió mi padre... Perdí/ un valiente capitán./ y las fronteras están/ sin quien las defienda”. Del segundo, “La loca osadía, Enrique./ del de Milán, que se entró./ despreciando mis fronteras/ hasta Parma, donde estoy/ asegurado por ellas./ pagarán sin dilación”.

⁹ (Barcelona, Espasa; 2018), a cargo de Juan Ignacio Alonso.

¹⁰ Creo que fue Jorge Luis Borges quien, al ser premiado con el Cervantes, manifestó su contento porque al fin iba a poder comprarse el Espasa, a lo cual la editorial se anticipó a regalárselo.

¹¹ Así, la que desde el Diccionario que nos está ocupando hasta el de la Academia, a saber “cada una de las franjas o fuerzas que se ponen en el serón por la parte de abajo para su mayor firmeza”.

¹² En mi tierra nativa se ha hablado, dentro de la Comunidad de Villa y Tierra de Sepúlveda, de una cierta frontera entre la meseta y la sierra. Un libro sobre Santo Tomé de Pie del Puerto y la ubicación allí de una casa exenta del monasterio del Escorial se ha titulado *El guardián de la frontera*.

¹³ Prescindiendo de posibles paralelos en la Geografía Física, quedándonos solamente con las basadas en los grupos humanos.

¹⁴ Pero no expresamente la limitación.

¹⁵ Nunca se citan las obras a que las citas corresponden.

El otro significado del vocablo ahí acogido es el de fachada de castillo, apuntalado por Cervantes, “En *la frontera* del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros tenía escrito: Castillo del buen recato”. Y desde luego hemos de reconocer algún parentesco entre las dos acepciones, aunque no vamos a entrar en ninguna discusión en torno a los castillos fronterizos.

Así las cosas, estaba puesto en razón que el desarrollo del vocablo principal se hiciera en un artículo de la sección de arte castrense¹⁶, a saber “la línea de confines que separa un estado de otro tiene inmensa importancia militar porque, salvo muy raras excepciones ha de ser, en caso de guerra, la primera base de operaciones o la primera línea de defensa”, empezando por llamar la atención hacia una aseveración primera, que “su importancia crece cuando hay en ella obstáculos de consideración, una frontera que los tenga naturales y artificiales, cordilleras, ríos, plazas fuertes, etc, formando una línea de defensa y una base de operaciones permanente”.

Seguidamente, entra ya sin perder tiempo en el terreno de la táctica y la estrategia, recordando que “según sus formas, las fronteras ofrecen iguales ventajas a los dos estados que limitan o mayores al uno con relación al otro”, de manera que si la frontera es “recta habrá un perfecto equilibrio entre ambos contendientes, y a circunstancias de diversa índole habrá que atribuir la superioridad de cualquiera de ellos. Si es curva o ángulos para alguno también lo será para el otro, pero en sentido opuesto, esto es que mientras el ángulo del uno comprende el territorio ocupado por el enemigo, formando un ángulo entrante o una curva cóncava, el otro tendrá que operar en un ángulo que está dentro de la frontera del adversario, es decir un ángulo entrante o curva convexa, y una frontera saliente tiende a separar las fuerzas del frente enemigo, mientras que en cambio una entrante ha de favorecer las operaciones dirigidas contra un flanco y también las envolventes, constituyendo una doble base de operaciones en los dos lados del ángulo, si se fortifica y asegura bien el vértice¹⁷”.

Luego comentaremos esta polarización castrense. Adelantemos que el mapa de Europa iba tomando unos caracteres de alianzas y contra-alianzas. Nos recuerda, aunque a simple vista el cotejo parezca muy lejano, el final de *La montaña mágica* de Thomas Mann, como una epidemia de irritabilidad extraña en las relaciones de la vida cotidiana.

¹⁶ Uno de los encuestados en 1920 fue don Miguel Primo de Rivera, opinando luego de rebuscar en su especialidad que esa materia de arte y ciencia estaba “tratada tan extensa y documentadamente que un profesional debe tenerla como consulta”.

¹⁷ El autor de la entrada aplica esto a las fronteras de Francia con relación a Alemania, de Metz a Belfort, y de Austria con relación a Alemania. En cuanto a Italia señala que tenía en ángulo entrante la frontera con Austria. Recuerda la guerra de 1876, en la que los austriacos podían amenazar por la derecha del Po y por Lombardía, teniendo los italianos que dividirse para cubrir sus territorios, dotando a sus enemigos de las ventajas de un ejército reunido sobre otro dividido, aunque luego ellos operaron en las líneas del Po y del Mincio, envolviendo a los austriacos entre el Mincio y el Adigio atendiendo sólo a la configuración de la frontera.

Lo que se me viene a las mientes es una opinión que don Antonio Ubieto nos comunicaba en su aula valentina. Según él los Pirineos no nos separaban de Francia sino que nos unían a ella. ¿De veras que abríamos estado más separados si en lugar de esa cordillera hubiera habido una llanura continua? Lo que creo puede sostenerse es una doble afirmación, que la historia de España en ese caso habría tenido algunas diferencias con la que fue. Y que no habría existido esa cultura de la montaña que no dejaba de ser un vínculo entre las dos vertientes de la misma.

¿Y qué decir en este orden de cosas de la frontera de Portugal? Por supuesto no limitándonos a los últimos siglos de la restauración de la casa de Braganza. ¿Por qué no empezar por la Lusitania romana que tenía por capital a Mérida? ¿Estaremos de acuerdo con la opinión de Salvador de Madariaga de que nuestro territorio vecino al enfeudarse a la alianza inglesa conservó sus colonias pero perdió su alegría, de manera que esas centurias habrían sido más fecundas de guerras civiles con Castilla¹⁸?

LA “FRONTERA” EN EL ESPASA

La define como “extremo o confín de un Estado, reino o país”. La acepción siguiente nos recuerda la de castillo del Diccionario, pero es más precisa, a saber “el agregado de los fuertes o plazas que defienden a un país del que está contiguo¹⁹”. Tengamos en cuenta que el volumen de la Enciclopedia en que se insertan se publicó en 1924, seis años después de terminada la Gran Guerra. Y la limitación y el monopolio del factor castrense se mantenían.

La entrada es más clara, sistemática y completa que la de su predecesor. Salta a la vista desde el principio: “El arte militar estudia las fronteras, tanto para conocer la influencia que su trazado y condiciones pueden ejercer en las operaciones de guerra como para organizarlas durante la paz en las mejores condiciones posibles”.

También es más asequible a los no avezados al lenguaje castrense, pues expone los problemas detallada y prácticamente con vistas a posibles contiendas. Considera que las líneas fronterizas se desarrollan a retaguardia de obstáculos naturales que siempre formaron sus defensas, pero no hay que atribuir a dichos obstáculos mayor valor que el que tienen realmente, pues de nada servirá ningún obstáculo, aunque se trate de cadenas de montañas como los Alpes y los Pirineos o de ríos caudalosos como el Danubio y el Rhin, si el pueblo que se encuentra a retaguardia no está decidido a detener la invasión”.

¹⁸ Claro que después de la guerra civil que padecemos resulta más estridente si cabe la opinión del carlista Romero Alpuente que comentó más de una vez Unamuno, de ser la guerra civil una bendición.

¹⁹ No figuran las otras dos acepciones de la Academia, “frontis” y “tablero fortificado con barrotes que sirve para sostener los tapiales que forman el molde de la tapia cuando se llega con ella a las esquinas o vanos”.

El autor conoce naturalmente las ventajas y los inconvenientes de los entrantes y correlativo salientes en el juego de los ángulos pero expone sus pros y sus contras de manera más sencilla, a saber “un entrante en el territorio enemigo resulta ventajoso para la invasión si está bien dotado de vías férreas, pero en cambio si es el adversario el que toma la ofensiva creará una situación muy comprometida”.

Ve el primer ejemplo de defensa de una frontera en la Gran Muralla de China, dependiendo las dimensiones de cada tramo de la configuración del terreno, o sea desde una gran altitud hasta la interrupción de la obra si ésta la hace innecesaria sirviendo así la misma de muralla. Algo por otra parte no demasiado excepcional. Yo lo he visto en la muralla de Sepúlveda, donde hay trozos en que las paredes verticales que forman el cañón de los ríos son ni más ni menos una muralla natural.

Cita las defensas romanas, a base de grandes campamentos o castros en los lugares estratégicos desde los cuales dominar las comarcas. Sistema de cordones de plazas, equivalentes o al menos precursoras de la que fueron tributarios los ingenieros de la Edad Moderna²⁰”.

Mas “posteriormente se ha desechado esa idea, por ofrecer tal sistema más inconvenientes que ventajas, ya que vale más que diseminar las fuerzas concentrarlas en un punto determinado para maniobrar desde él, lo cual no excluye la fortificación de un modo absoluto, ya que empleada sin la exageración de los tiempos de Vauban, siempre dará buenos resultados, como se ha demostrado en las últimas guerras (Joaquín de la Llave García)”.

De manera que “las plazas en las fronteras no deben pues cerrarlas herméticamente, sino servir de punto de apoyo a las tropas que han de operar en ellas, para facilitar sus movimientos y a la vez estorbar y dificultar los del enemigo. Los grupos de plazas serán a veces los elementos defensivos de mejores resultados, mas la buena organización de una frontera exige su estudio no desde el punto de vista táctico sino estratégico. Y así construirlas en buenas condiciones para combatir defensivamente en una hipótesis determinada es un error, sino que hay que erigirlas sin tener en cuenta una dirección fija del ataque ni un plan de operaciones determinado, aunque parezca el más racional, sino el que sirva en lo posible para todos los casos que puedan ocurrir (Ricardo Villalba Rubio)”.

Recuerda que “los sistemas que han sido preconizados para la defensa de las fronteras: fuertes, barreras, campos atrincherados, regiones fortificadas, pero ni los que construyan plazas ni los que dirijan los ejércitos en campaña, deben olvidar que defender la frontera sólo porque lo es, puede constituir la más lamentable de las equivo-

²⁰ Vg., Félix Prosperi, *La gran defensa. Nuevo método de fortificación dividido en tres ordenes: a saber doble, reforzado y sencillo, con varias invenciones e ideas útiles y curiosas, con setenta y tres laminas* (México, 1795).

caciones. En general, si la frontera no es una línea fronteriza bastante fuerte, hay que disponer la defensa eficaz más a retaguardia, a fin de que el enemigo llegue a la lucha bastante desgastado por el avance preliminar”.

El Diccionario incluye otro apartado para la consideración de la frontera en el Derecho Internacional y el Político, pero la entrada es poco sustanciosa, como no podía por menos, ya que el tema es muy poco jurídico, tanto es así que alguno de sus párrafos podría trasplantarse a la entrada anterior. Que las mejores fronteras naturales, por ejemplo, sean las geológicas y no las geográficas, aunque las desconozcan los legisladores y los políticos, poco tiene que ver con el Derecho²¹.

A punto de poner el colofón de la despedida se me ha venido a las mientes el recuerdo de una lectura remota, aparentemente sin ninguna conexión con el argumento que nos ha venido ocupando, tanto que a simple vista me pareció impertinente consignarlo aquí. Pero una reflexión me ha hecho cambiar, y ver la cercanía entre ambos.

La lectura es un capítulo de *Las horas solitarias* de Pío Baroja, el dedicado a la crítica de la *Historia de los heterodoxos españoles* de don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien aquél llama una vez “seminarista atacado de hidrofobia”. Su conclusión era que el tan sabio santanderino sólo estuvo abierto a dos corrientes del intelecto y del espíritu, la clásica y la cristiana- “Y además de ellas hay tantas cosas en el mundo...”, terminaba.

Y bien, eso mismo pienso yo del tratamiento de la frontera por nuestros dos diccionarios. Además de las guerras entre los países y los tratados internacionales entre los Estados... hay en torno a la frontera tantas cosas. Tantas cosas como se pueden atisbar en los índices de las actas de estos congresos alcaláinos de frontera. Contando con ellos saldría al menos otra acepción, yo creo que más acepciones del vocablo.

²¹ No están en el Espasa las otras dos acepciones de frontera en el Diccionario de la Academia, “frontis” y “tablero fortificado con barrote que sirve para sostener los tapiales que forman el molde de la tapia cuando se llega con ellos a las esquinas o vanos”.